

MEMORIAS HISTORICO-POLITICAS
DEL GENERAL POSADA¹

Ojeada a los orígenes de nuestros partidos políticos

Hace diez y seis años que en un periódico de esta capital nos tocó anunciar al público la aparición del tomo I de las Memorias de Posada. Habíamos oído leer al mismo General, varias páginas de su libro, inédito y aún no concluido; y fuimos acaso los primeros — perdónesenos la vanidad de recordarlo— que consagramos a este libro, en mal trazadas líneas, el elogio debido a su importancia histórica y literaria.

La impresión que aquellas lecturas privadas, (1864-1865), dejaron en el ánimo de cuantos tuvimos el placer de libar las primicias del trabajo de Posada, no fue una sensación del momento debida a circunstancias particulares y extrañas al mérito de la obra misma. Al entusiasmo que despertó entonces, en un círculo de amigos y admiradores del autor, ha correspondido la opinión unánime del público ilustrado, creciendo con la estimación del tomo I la expectación del II, que acaba de darse ahora a la estampa. Filósofo cristiano, pensador político, y poético escritor, reúne el General Posada aquellas, condiciones al parecer contrarias que debe poseer quien aspire al

encumbrado título de historiador. Ni ha querido él desmentir, aunque escribiendo Memorias, o como si dijésemos recuerdos personales, aquel texto de Salustio que desde la publicación del tomo I adoptó como epígrafe de su obra: “En medio de las facciones armadas en guerra civil, el espíritu de partido no me ha desviado de la verdad”.

Cúmplenos hoy anunciar la aparición del deseado tomo II de las Memorias de Posada, de más directa y eficaz doctrina que el anterior para la generación presente, que verá en él, no ya figuras, aunque gloriosas, distantes y envueltas en la penumbra de lo pasado, sino a hombres y sucesos que han influido más de cerca en la actual situación de la República.

A los ochenta y cuatro años de su edad da el General Posada la última mano al tomo II de su obra, lo entrega a la luz pública, y se prepara a trabajar en la composición del III. Fenómeno es éste de longevidad intelectual y de fuerza de voluntad ciertamente extraordinario en la zona, enervante en que vivimos, y en medio de agitaciones políticas que roban la quietud y el ánimo necesarios para toda labor seria; circunstancia que nos induce a leer el libro que tenemos a la vista con cariñoso respeto hacia su autor, y con nuevo motivo de confianza en la verdad e imparcialidad de quien ha estampado estas solemnes palabras: “En mis cansados días, próximo ya a dar cuenta a Dios de mi larga vida, no puede, suponerse en mí ni ambición personal ni miras aviesas. El interés de mi patria es el único móvil que guía mi mal tajada pluma”.

¹ Tomo II 8º 372 pp. Librería Americana, 1881.

I

Las Memorias de Posada contienen principalmente la historia de los partidos políticos y de las contiendas domésticas de Colombia y de Nueva Granada, escrita por un hombre que “ha corrido los azares de cuantas guerras civiles han devastado el país” hasta 1863, y que de ellas supo salir “puro de todo exceso, exento de todo rencor personal”.

El tomo II refiere los sucesos de veinte años (1832-1853). El I sólo había narrado la época de 1826 a 1831, apenas un sexenio. Pero ¡qué sexenio tan repleto de difíciles y complicados problemas, de contrarias amenazas, de soluciones inesperadas y rudas! ¡Qué período tan glorioso, por los hombres ilustres que en él figuraron en primera línea, por las ideas extremadas y grandiosas que entonces se concibieron y propagaron; pero triste y desgraciado por las catástrofes que sobrevivieron, por el fracaso de esperanzas y de glorías, que trajo consigo el naufragio de Colombia! Bolívar, después de coronar la obra de emancipación de las Repúblicas del Sur, vuelve a esta capital con nobles proyectos de reorganización política; el partido dé la ingratitud y la envidia, nacido entre chismes y cautelas, legión oscura al principio, se determina y robustece; el General Santander, amigo personal del Libertador, pero predispuesto ya al rompimiento, se constituye en centro de una oposición fecunda en desastres para la patria; el espíritu de discordia disuelve la Convención de Ocaña; la oposición se reconcentra, conspira, y el puñal parri-

cida se afila; Bolívar se salva, como por milagro, de manos de los conjurados en la noche del 25 de Septiembre; pero queda, herido en el alma, y su profunda dolencia, contagiando a la República que él creó; la amenaza de inminente disolución; Santander, perdida su causa y alejado de la escena, se eclipsa por algunos años; los amigos del Libertador acuerdan el plan de una monarquía, como medio de asegurar la libertad en el orden; el Libertador, vacilante a veces, inclinado unas al sacrificio de sus glorias, como él creía, en bien de la patria, reconcentrado otras en sus propios desengaños, acaba por desaprobando el proyecto de sus amigos, los deja desconcertados, entrega el poder a los Representantes del pueblo; y roído de tristeza, pronunciando proféticos anuncios que aterran, toma el camino de la expatriación; Sucre, esperanza de reconstitución para Colombia, “columna indestructible de la unión², legítimo y caracterizado legatario de las glorias del Libertador, muere en la montaña de Berruecos bajo el puñal reafilado que había errado él golpe el 25 de Septiembre; la Representación nacional se ostenta desorientada e impotente; atrévase a amenazarla un motín estudiantil, preludiándose ya desde 1830 el “7 de Marzo”, con el triunfo de la pequeñez: sobre la debilidad, para contrastar con las grandezas que desaparecen; una reacción desesperada, como final llamarada de moribunda lámpara, brilla en el efímero gobierno de Urdaneta, último que desfila de la región gigantesca de la independencia. Bolívar muere bajo el

² Caltificativo que le habla dado el Generar Santander.

hospitalario techo de un español; Colombia sucumbe desplazada a manos de sus propios hijos.

Tal es el drama grandioso y melancólico que traza el General Posada en el tomo I de sus Memorias. Léedlo, los que queráis conocer a la gran Colombia y a sus hijos.

No se puede negar que la transición del tomo I al II, desagrada al lector que se haya interesado en la Contemplación de los hechos, y no por culpa, no, del escritor, sino por la diferencia de las épocas. Es, digámoslo así, un cambio atmosférico. La impresión es semejante a la que experimenta, el que tome la Eneida después de haber revuelto las páginas de la Ilíada. Virgilio es poeta admirable, perfectísimo, a un mismo tiempo teólogo y sentimental; pero no hay Musa, por sabia y patética que sea, que acierte a dar a Cloanto, a Seresto, a Eneas mismo la grandeza personal de los Héctores y Aquiles. El lector se familiariza con los semidioses, y anda descontento con todo género de leyenda después de haberle tomado el gusto a la guerra titánica de diez años en torno de los muros de Troya.

La disolución de Colombia es como la ruina del sagrado Ilión; el desencanto de nuestra historia, que de fabulosa se torna en prosaica. La primera interesa a todo el mundo; la última sólo a nosotros, porque es la historia de nuestra desgraciada familia, nuestra propia historia contemporánea. Bolívar muere; García del Río sale del país y la gallardía de los días heroicos se oscurece, y la elocuencia queda muda. El partido colombiano desaparece de la escena, postergados y dispersos sus hombres importantes. Tras el Con-

greso *admirable* de 1830, último de Colombia, viere el anónimo de 1832, primero de la Nueva Granada. Satélites de satélites salen a figurar en los primeros puestos; aun los hombres distinguidos de la edad anterior, al volver a tomar parte en la política, aparecen como sobrevivientes empequeñecidos. Sólo de tarde en tarde un Neira repite las hazañas más gloriosas de Páez, y un Julio Arboleda recuerda rasgos del genio del Libertador, y muere como Sucre y donde murió Sucre, invicto y eliminado por el puñal. Pero el vapor de la sangre de hermanos deslustra el brillo de las glorias militares.

¿Estará tal vez este desencanto en los ojos del espectador? ¿Provendrá de que las cosas distantes pierden mucho de su grosería y sus asperezas y se idealizan a nuestros ojos, y las que palpamos con las manos nos ofenden y disgustan? ¿Nacerá del desdén a veces injusto con que miramos lo que tenemos al lado, lo que nos toca de cerca, despreciándonos a nosotros mismos?

Un ingenioso pensador moderno ha consignado la observación de que “lo que creó primero la naturaleza con el fin de satisfacer una necesidad, sirve después a manera de adorno”, o en otros términos, que las cosas que fueron útiles, cuando cesan de serlo se hacen bellas. Otro filósofo no menos ingenioso con sus teorías laberínticas y afilegranadas, desenvuelve esta observación aplicándola a la política, a la historia, al progreso del género humano. Presenta, como ejemplo un castillo arruinado; los señores feudales que lo constituyeron y ocuparon, en nada pensaron menos que en el efecto de la perspectiva; la seguridad

de sus personas y bienes fue el único objeto que tenían presente. Mas esas fortalezas que a ellos les sirvieron de defensa, son hoy para nosotros un objeto pintoresco; esas ruinas, teatro enantes de escenas brutales, son visitadas hoy con curiosidad artística, y copiadas por un pincel romántico sirven para decorar salones. Lo propio sucede, dice, Herbert Spencer, con aquellas guerras célebres, que para los hombres que en ellas se mezclaron, fueron negocio harto práctico, nada misiones y otros rigores semejantes, demasiado prosaicos para los que directamente los experimentaron; y que hoy dan materia a historias tanto más divertidas e interesantes cuanto más contrastan con la realidad de nuestro actual modo de vivir.

¿Podremos deducir de aquí que el interés de la historia de la antigua Colombia nace de la distancia? ¿Pensaremos que nuestros próceres eran de la misma talla que nosotros, y que ejecutando acciones prosaicas, con fines positivos e interesados, tejieron sin saberlo una epopeya brillante? ¿Imaginaremos que nuestros remotos descendientes, más refinados, más ricos y desocupados que nosotros, estudiarán nuestras tristes guerras civiles, nuestros raquíuticos personajes de hoy con el mismo interés que puede despertar la lectura de la guerra de la independencia y de los grandes hombres que en ella figuraron? No creemos poder halagar esta esperanza, que, por lo “demás, es consuelo harto estéril y vacío, para los males que padecemos. No negamos que a la guerra a muerte, que desoló a Venezuela es literalmente

aplicable la observación antes consignada; ni dejaremos de agradecer a Dios que en vez de contemplar aquellos horrores a lo vivo, como los contemplaron los contemporáneos, en ciudades despedazadas, en ríos de sangre, en campos sembrados de osamentas, nos sea dado leer todo eso en las tersas y elegantes páginas de Baralt y Díaz. Si cerrando los ojos, nos trasladamos con la imaginación a Araure, y vemos a los infelices que libraron su salud a las hojosas copas de los árboles, caer de allí a balazos dando vueltas por el aire —cacería que sencillamente consigna Urdaneta añadiendo por única explicación que *tales eran los tiempos*;— si nos figuramos a centenares de prisioneros ejecutados a lanzadas por Arismendi en Caracas y La Guaira, o a multitud de mujeres y niños vagando descaminados en orfandad y miseria por las calles de Valencia, todas las fibras de la sensibilidad se estremecen, el ánimo aterrorizado aparta la vista de tan espantosos cuadros, y se reconcilia con los tiempos que alcanzamos. Pero si el horror se aumenta cuanto más de cerca observamos aquella época, mayor también aparece el valor y audacia de los hombres. Cualesquiera que fuesen las consecuencias de la declaración de guerra a muerte, que según muchos historiadores resultaron favorables a la causa de la independencia, aunque siempre desastrosísimas, y fecundas en todo linaje de desórdenes que todavía nos persiguen, es innegable que el hombre que lanzó aquel reto a la faz de un coloso secular, cuando él apenas era dueño del suelo que pisaba, más que caballero de la Edad Media parece semidiós de la fábula. Y cuando de-

rrotado y fugitivo, traza a dos compañeros fieles el cuadro de la reconquista que después llevó a cabo, en marcha avasalladora desde Orinoco al Potosí, sus palabras tienen la entonación y alcance de profecías. “Bolívar”, dice Posada, “fue siempre grande, aun en los días de sus errores”; y no sólo fue siempre grande; Bolívar fue único.

También es cierto que en nuestra historia de la Nueva Granada y Nueva Colombia hay episodios que ofrecen interés. La conspiración de Sardá, por ejemplo, referida al vivo por el General Posada, cautiva a toda clase de lectores con las emociones a que convida todo drama misterioso y sangriento. Pero esa curiosidad no es hija de la admiración. Si aplicamos a las investigaciones históricas una distinción conocida en el género dramático, diríamos que la historia de la primera época es de *caracteres*, y la de la siguiente de *enredo*

—lo que va de un drama de Sófocles o Shakespeare a una comedia de capa y espada. En la guerra de la independencia hubo barbarie y grandeza: hija de aquella lucha, Colombia apareció bajo auspicios gloriosos, con aureola radiante; la grandeza desaparece; pero en vez de progreso a la cultura, penoso es confesarlo, el nuevo liberalismo es retroceso a una especie de salvajez.

La distancia realza y hermosea las cosas, es cierto; pero no da grandeza moral a los hombres, y a las épocas que de ella carecieron. Lo que es por naturaleza pequeño no crece engrandeciéndose, sino va empequeñeciéndose más, hasta perderse en el olvido. La nada es el término de desarrollo de lo que no merece vivir; y el vacío de muchas cosas pequeñas que se van desvaneciendo,

es como fondo en que se destaca lo digno de durar, creciendo más y más en la memoria y estimación de los hombres. No; la posteridad no podrá confundir los grandes hombres de nuestra historia del presente siglo, con apocadas medianías, ni menos con figurones ridículos; mucho menos con criminales afortunados.

El General Posada, que andando a par del siglo, ha presenciado todas las vicisitudes de nuestra política, siente el mismo brusco sacudimiento de que hablábamos antes, en el acto de dejar atrás y decir adiós a la antigua Colombia. Hé aquí sus palabras:

“El cansancio del lector es el escollo en que todo libro naufraga. ¿Sucederá esto al mío? Largas relaciones que pueden interesar al hombre que lee para conocer a fondo los sucesos, acaso fastidiarán al que no busca sino el entretenimiento en un libro. ¿Cómo vencer este inconveniente? yo no encuentro el medio sino implorando la indulgencia del lector. Si el triunfo de la verdad le interesa, le ruego que continúe, aunque se fastidie. Considere también la diferencia de mi pobre primer tomo a este segundo, más pobre quizá todavía. En aquel sonaban como el trueno en las nubes, como el estampido del cañón en los combates, los nombres gloriosos de Bolívar, Páez, Sucre, Urdaneta, Santander; Soublotte, Córdoba, Padilla.... ¿Retumbarán del mismo modo los de los hombres que han figurado en nuestros posteriores desastres políticos? Entonces hablaba de Colombia la Grande en su última agonía; ahora tengo que delinear la melancólica figura de Colombia la pequeña, aborto de un crimen:

entonces hable de hechos para los cuales las puertas de la posteridad se han abierto; ahora tengo que hablar principalmente de delitos contemporáneos, frotando heridas no cicatrizadas todavía. ¿No es cierto que es grande la diferencia?....”

Aflige también y contrista el ánimo la lectura del tomo II de la obra del General Posada, en cuanto semeja nuestra historia revolucionaria, de 1832 a esta parte, navegación sin norte ni brújula en un mar sin riberas. Nuestros abuelos —los *abuelos* de la generación presente, que ya no sus *padres*, cual solemos decir— trabajaron por conquistar la independencia: fue uno, y ese sin duda, el pensamiento que absorbió sus vigiliias y dirigió sus esfuerzos encaminándolos a un mismo fin, y este fin se consiguió. A los que murieron en los patíbulos sonrió la esperanza, y los que sobrevivieron, triunfaron, y triunfantes coronaron el voto de los pueblos americanos. Pero nosotros ¿a qué aspiramos, ni qué término han de tener las desastrosas guerras civiles que nos arruinan y salvajizan? ¿Qué crimen, qué infando delito estamos expiando? ¿*Araron en el mar* los que pos dieron independencia? Las palabras del Libertador resuenan en nuestros oídos, menos como amenazas que como anatemas que se están cumpliendo con rigor inexorable. “Veo nuestra obra destruida —decía a Páez— y las maldiciones de los siglos caer sobre nuestras cabezas como autores perversos de tan lamentables mutaciones!” Blasfemia sería imaginar que la Providencia no interviene, por vías ocultas, en nuestras desgracias; pensar que por camino de ex-

piación, o de escarmiento, o de disciplina, sacando como sabe bien del mal, no nos está guiando con solicitud paternal a nuestros destinos como nación católica. Pero no se descubre a nuestra débil razón el hilo de este intrincado y revuelto laberinto: los continuos y monótonos sufrimientos cortan las alas a la esperanza y agotan las fuerzas de la reflexión; y el abatido paciente no alcanza a ver más allá del abandono y miseria que yace postrado.

Entre diferentes modos de escribir historia, hay dos principales: el que prefiere la narración exacta de los sucesos, dejando en cierta oscuridad a los hombres; y el que citando, o mejor dicho, evocando a las personas, trae a cuentas sus pasiones, las circunstancias particulares en que se encontraron, los móviles escondidos de sus acciones. Creemos que hoy prevalece este método, que puede llamarse biográfico. Uno de los que con más brillo lo siguen y defienden, consigna así su teoría: “La historia universal, la historia de cuanto ha realizado el hombre en el mundo, no es otra cosa, cual yo la concibo, que la historia de los hombres grandes que en ella intervinieron”. Nosotros diríamos más bien: detrás de los sucesos están los hombres, y sobre los hombres Dios. Los hechos solos, si no se relacionan con la libre voluntad de los hombres, ni se explican ni excitan interés. Pero las voluntades y pasiones de los hombres no dominan solas; tropiezan con tradiciones seculares, con intereses ya creados, y unas con otras se conciertan o contrarían; efectos pequeños o desconocidos producen grandes efectos, y son éstos a las veces los más inesperados

y sorprendentes. En suma, la fuerza humana no es independiente ni soberana; va regida, en el movimiento social, por una fuerza superior y divina.

La falta de color biográfico y de intención filosófica daña no poco a la historia de Colombia por Restrepo, obra por otra parte preciosa por el cúmulo de noticias que tras largas y minuciosas investigaciones, y con espíritu de rectitud y verdad, atesoro en ordenada serie aquel benemérito patricio. La narración es exactísima, pero sin calor vital, porque éste no es ingénito en los sucesos, les viene sólo de los seres animados e inteligentes que los produjeron. En las Memorias de Posada los hombres hablan y se mueven a nuestra vista; los conocemos, y conociéndolos sentimos por ellos simpatía, cariño, admiración, o bien lástima, desprecio, tal vez horror. Y en cuanto a intención filosófica, el escritor, que no gusta de filosofar sin tón ni són —y en ello tiene buen gusto— sí sabe hacer —y es lo que importa— que los lectores, sin sentirlo, saquen de algunas páginas de su libro provechosas lecciones de experiencia política y de filosofía providencial.

Cada época suele tener un hombre que dirige el movimiento que la caracteriza. ¡Infelícísimos los tiempos en que ningún hombre superior descuella! En esos períodos domina la anarquía, surgen los tiranuelos, que son como si dijésemos falsos hombres-grandes, azóte y oprobio de pueblos corrompidos o culpados.

En nuestra historia, las primeras décadas del siglo tuvieron sus hombres, mejor dicho, sus monarcas. Nariño está a la cabeza de nuestra transformación

política, y representa a la Patria Boba. En la época marcial que vino después, el genio de Bolívar se levanta, y rige, por natural imperio, una legión de héroes. Bolívar, el libertador, pudo ser también reorganizador; facultades tenía para serlo, como lo demostró en medio de los afanes de la guerra; pero le faltaron fuerzas para contrarrestar los elementos destructivos que aparecieron y le impidieron consolidar su obra.

Fracciónase Colombia, y al frente del partido liberal, dueño del teatro, y presidiendo a la Nueva Granada, aparece el General Santander. En ese momento principia la narración del tomo II del General Posada. Cuando Santander volvió a la patria en 1832, no tenía oposición. El partido colombiano estaba postrado; todos eran granadinos, todos se llamaban liberales. Nunca, acaso, se ha iniciado una administración bajo auspicios más favorables, en cuanto a la paz interior; jamás se ha ofrecido a un magistrado ocasión más propicia para afianzar el orden social y la concordia de los ciudadanos. Y sin embargo, la Administración Santander se señaló con escenas sangrientas y execrables; en ella, dividiéndose los granadinos en dos bandos, la discordia asomó amenazadora; y en seguida estalló una de las guerras más desastrosas que han afligido al país, y el General Santander, que recibió en paz la República naciente en 1832, envuelto ya en 1840 en ardiente liza parlamentaria, vacila herido de muerte por recriminaciones de algunos amigos suyos de la víspera; y la última mirada que lanza desde su lecho de muerte, no distingue sino los

reflejos horribles del incendio que devoraba a la patria.

Santander es la figura de aquella época crítica y de transición. Todas las miradas se fijan en él; él, como jefe de la República, y como hombre de la situación, tiene gran responsabilidad ante la historia. Todos los espectadores preguntarán naturalmente: ¿Tuvo el General Santander culpa en aquellas desgracias que desde la infancia de la Nueva Granada descaminaron y malearon los destinos de la nación? ¿La había tenido en la dolorosa agonía de Colombia, anuncio triste de estas mismas desdichas de su hija la Nueva Granada? Y si el General Santander no tuvo en esos desastres parte alguna, ¿cómo no supo prevenir los? Y sin esa visión política, sin aquel patriótico trabajar para el porvenir, y paciente sembrar para otras generaciones, ¿cómo admitiremos las altas dotes del gobierno que se atribuyen al General Santander? Y si las tuvo, ¿qué graves defectos, o qué malhadadas circunstancias las privaron de toda eficacia?

Otra cuestión histórico-política se ofrece a la consideración de los que estudian aquellos tiempos: ¿Qué relación y afinidades median entre el partido colombiano anti-boliviano y el liberal granadino? ¿Puede considerarse con razón al General Santander como padre legítimo del liberalismo en nuestra tierra?

El General Posada no intenta dar soluciones precisas de semejantes problemas, ni siquiera los plantea expresamente, pero despierta los unos y sugiere las otras en la mente del discreto lector. Tales puntos debieran discutirse y esclarecerse

en una biografía del General Santander; mas no habido pluma alguna, amiga ni enemiga, que haya querido escribirla, no obstante que este personaje célebre desempeñó en su tiempo un papel tan importante, y que tuvo en vida y en muerte tantos apasionados y adversarios, apunto de ser su nombre signo de contradicción en los debates conversaciones relativas a los sucesos que ocurrieron de 1826 a 1840.

Cerrando momentáneamente el tomo II de Posada, que principia con el examen de la Constitución de 32, consignemos algunos antecedentes que ayudarán a explicarla conducta del General Santander como primer Presidente de la República de la Nueva Granada, en un período en que renacieron los partidos políticos que después han ejercido el poder alternativamente en medio de incesantes luchas fratricidas.

II

Favorece al General Santander, realizando el prestigio de su nombre, haber sido el militar de la independencia que, al hacerse irremediable la división entre venezolanos y granadinos, apareció a la cabeza de éstos, agrupados primero como partido, y constituidos después como nación. Goza también el General Santander entre sus admiradores el título de hombre de las leyes, que dicen mereció del mismo Bolívar por sus dotes administrativas y su adhesión a la legalidad³.

³ *Hombre de la ley*, dicen Baralt y Díaz, atribuyendo la frase a Bolívar. La versión más general es que el Libertador de apellido *hombre de leyes*, con respecto a su *hombre de guerra*,

Nosotros hemos visto siempre en Santander una mezcla de militar venezolano y letrado granadino; y las cualidades y defectos de esas dos condiciones, difícilmente conciliables, combinadas en él por una serie de circunstancias especiales, explican en gran parte, a nuestro juicio, así su elevación al rango de segundo y después émulo del Libertador, como los errores de su conducta varia y las contradicciones y las dificultades de la posición ambigua en que se colocó como Vicepresidente de Colombia. *El tiempo hizo lo demás.*

Santander era rayano; y sabido es que la comarca donde estaba radicada su familia, y donde él recibió las primeras impresiones de la vida más pertenece al tipo nacional venezolano que al granadino. No tanto por esta circunstancia, bien que no despreciable para un observador filósofo, nos atrevemos a mirar a Santander como militar venezolano, cuanto por la conducta que siguió y las opiniones que abrazó y profesó abiertamente en la época de la guerra y en la subsiguiente, en que trabajó, aunque con mal éxito, en organizar la República Colombiana.

Estudiaba Santander en el colegio de San Bartolomé de Bogotá, a donde le trajo a educar un tío suyo, eclesiástico, y terminaba allí el curso jurisprudencia, cuando estalló la revolución. Lánzase el entusiasta estudiante de leyes, con otros jóvenes de su tiempo en los azares de la guerra, hácese militar, sin estudios previos, en la escuela

cuando se trataba de designar un General que dirigiese la campaña del Sur. Así Posada, tomo I. Pero Santander en una de sus cartas se engalana con el título de *hombre de las leyes*, como recibió de General Bolívar.

de los combates, en medio de las penalidades de larga y porfiada campaña; y fuese impulso de instintos y carácter, o dictado de su razón, o fuerza de las circunstancias, ello es que el genio de Bolívar, por prestigio de una inteligencia privilegiada y de una elocuencia incomparable, le dominó completo; que se hizo agente ciego del Libertador en la guerra, y para la paz adoptó con fe profunda los principios políticos proclamados por el ilustre caraqueño. Fue Santander, en suma, a los principios, servidor y alumno de Bolívar, y no como quiera, sino con la exageración, con el fanatismo con que los discípulos suelen seguir a los grandes maestros, repitiendo sus errores sin imitar sus virtudes.

A los veintisiete años de su edad inició Santander su Gobierno en Bogotá, como Vicepresidente de Cundinamarca, en ejercicio del poder por ausencia de Bolívar, “manchando”, dicen Baralt y Díaz, “el triunfo de Boyacá *con un acto de crueldad inútil y por; ello altamente criminal*”. El 11 de Octubre de 1819 fueron pasados por las armas en la plaza mayor de Bogotá treinta y ocho individuos que habían sido hechos prisioneros en Boyacá, y uno más, que a vista de los banquillos vertió aquella frase imprudente: *Atrás viene quien las endereza*. Es de notar que aun cuando aquellos desgraciados; en los partes de Santander y otros documentos de la época, suenan como *oficiales españoles*, no eran sino prisioneros realistas, parte oficiales y parte paisanos⁴, españoles

⁴ Seis venezolanos, cinco granadinos y un quiteño. Entre los peninsulares había varios paisanos y un boticario. Ejemplo de-

unos y americanos otros. En comunicaciones oficiales, en un *Manifiesto* que publico después, y últimamente en sus *apuntamientos para la Historia* el General Santander alegó que habían tratado de fugarse, y que no contaba con guarnición suficiente para mantenerlos en seguridad. Baralt y Díaz refutan esta alegación, observando que tratar de evadirse un hombre para salvar la vida es de derecho natural, y no delito que haya de castigarse con el último suplicio, cuando haya medios de evitar la evasión, como los tenía el General Santander, que disponía de una brigada de artillería, un escuadrón de caballería, las milicias, y la opinión de un pueblo resuelto a hacer sacrificios por conservar la libertad que acababa de alcanzar después de una era ominosa de opresión y de patíbulo.

En carta particular al General Bolívar, fecha 17 de Octubre, Santander consigna en estos términos los motivos que le indujeron a ordenar aquella ejecución: “Al fin —le dice— fue preciso salir de Barreiro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco, el pueblo estaba resfriado, y yo no esperaba nada favorable de mantenerlos arrestados. *El expediente está bien cubierto*; pero como ni Ud. (por desgracia de la América) es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación me cubra en todo tiempo. De ella protesto no hacer uso

mostrativo del carácter de guerra civil que tuvo la de la Independencia. El ejército de Boves se componía de venezolanos; y el general español Fierro se congratulaba de que los efectos de la guerra serían siempre favorables a España, pues los que en Venezuela morían en las batallas, de uno y otro lado, eran todos *canalla americana*

sino cuando este remoto e inesperado caso pueda llegar ... Este señor Barreiro tuvo la bajeza de ofrecer sus servicios a la Republica como simple soldado”.

De este párrafo se infiere, por una parte, que Barreiro estaba aterrado, y no “engreído y tratando de fijar la opinión en favor del partido del Rey”, como dice el General Santander en comunicación oficial de la misma fecha; y por otra, que este General solicitaba la aprobación de Bolívar como fallo de justificación inapelable ante los contemporáneos y la posteridad; como si los actos humanos fuesen indiferentes y el General Bolívar tuviese el privilegio de ponerles el sello definitivo de virtudes o de crímenes. ¡Funesta alucinación, hija de una especie de idolatría!

En la comunicación oficial describe el General Santander en estos términos aquel fusilamiento colectivo que ensangrentó uno de los arroyos de la Plaza Mayor: “Verificada (la ejecución) a vista de un inmenso pueblo, los jefes, las tropas, el mismo pueblo, todos han manifestado de un modo muy evidente la satisfacción y contento que les cabía por esta medida justa. Casi no hubo ciudadano que no viniera al palacio a demostrar su placer”. Después de la horrorosa matanza que en 1814 se ejecutó en Caracas y la Guaira, el General Bolívar dió en San Mateo, por medio del Secretario de Estado, un manifiesto a fin de explicar aquellos rigores como dolorosas represalias autorizadas por el derecho de la guerra e impuestas por la dura necesidad. Santander explica la ejecución de Bogotá pintándola como una fiesta o regocijo público.

Los treinta y ocho prisioneros habían sido ofrecidos por Bolívar a Sámano en canje de prisioneros patriotas. Santander no tenía conocimiento de la respuesta que hubiese de recibir la comisión despachada con tal fin por el General Bolívar; solamente “preveía que no podría efectuarse el canje”.- Y aunque en Cartagena había distinguidos patriotas que pudieran correr peligro con la noticia del fusilamiento de Barreiro y sus compañeros, el General Santander confiaba en que el Gobernador español a todo trance haría efectivo, como lo hizo realmente⁵, el indulto en que esos beneméritos granadinos habían sido comprendidos.

Difícilmente se hubiera hallado un General granadino que tuviera valor para ordenar una ejecución semejante; porque los oficiales granadinos, aun en medio de la guerra a muerte, se distinguieron siempre por un corazón humanitario y compasivo. Fue un granadino, el Sr. Zea, quien primero protestó contra el fusilamiento del 11 de Octubre, denunciándolo al Congreso de Angostura. “Bolívar —dice Restrepo— lo sintió vivamente por la mala idea que las naciones cultas formarían de nosotros, cuando trataba de cimentar su opinión en nuestro favor. No improbo oficialmente aquella ejecución, pero sí en conversacio-

⁵ En un discurso que en 1840 pronunció el mismo General Santander en la Cámara de Representantes, dijo refiriéndose a aquellos tiempos anteriores: “En Cartagena estaban. nuestros compatriotas Castillo, Gutiérrez, Santa María, Mutis, Pardo, etc., etc., viviendo tranquilos bajo el Gobierno español después de indultados, y el Gobernador enemigo lejos de haberlos asegurados en prisión o maltratándolos de otro modo, les dió su pasaporte para que saliesen a reunirse a nuestro ejército”.

nes privadas, negando la necesidad que se alegaba para haberla adoptado y la falta de tropas con que custodiar a los prisioneros”.

Pálida sería aquella ejecución si hubiéramos de compararla con las hecatombes sangrientas de Venezuela en 1814. ¿Por qué, pues, mereció tan amargas censuras, a punto de obligar al General Santander a publicar un extenso manifiesto destinado a justificar su conducta? ¿Qué motivo particular causó el escándalo que entonces se produjo? Que aquel acto de crueldad —dicen Baralt y Díaz— era “una parodia *extemporánea* de la guerra a muerte, y los motivos que la determinaron habían cesado”. No sólo diremos nosotros remedo extemporáneo, sino *excéntrico*. En las provincias del interior de la Nueva Granada no había podido aclimatarse la guerra de exterminio; rechazábala el carácter de los habitantes. En 1814 las tropas de Urdaneta; acostumbradas a la carnicería, hicieron acá un ensayo, inmolando a cuatro o cinco españoles pacíficos vecinos de Tunja y Sogamoso, y el efecto fue malísimo, el Congreso granadino condenó el atentado, y las gentes de Bogotá, horrorizadas, se armaron para defenderse contra aliados tan feroces. Verdad es que Morillo había sacrificado en los patíbulos a nuestros hombres más ilustres; pero aun así, el frenesí de la venganza no había encendido la índole mansa de nuestras poblaciones.

Nos ha parecido digno de atención aquel acto, por demás conocido y ruidoso, con que inició el General Santander su gobierno, porque sirve grandemente a determinar el carácter personal de este magistrado, sus primitivos entronques

políticos, y la tendencia característica de ulteriores y administraciones suyas. Cuando el General Santander ordenaba la ejecución solemne de treinta y nueve prisioneros, y cuando más adelante la defendía impugnando en tono enérgico como utopías noveles y perniciosas las “ideas filantrópicas” de Zea, que fueron también las de los próceres de la independencia granadina, demostraba que venía a introducir un sistema militar desconocido en el país, muy diferente del que sirvió a Nariño para rodearse de americanos y españoles, y contrario a nuestro carácter nacional; sistema que si en épocas anteriores pudo alcanzar ventajas en guerra desesperada, no debía producir, y no produjo, sino amargos frutos de discordia, aplicado después de alcanzada la emancipación, a la obra de organizar la República. Iba, pues, más lejos que Bolívar: cuando Bolívar, después de cosechar laureles ensangrentados, dedicaba entre bosques de olivos un monumento a la Amistad, Santander quería llevar adelante la persecución implacable sacándola de su tiempo y de su esfera, y convirtiéndola de necesidad en sistema.

Estableció el General Santander un Gobierno militar (su Vicepresidencia de Cundinamarca no fue otra cosa, según confiesa Restrepo); hacía uso de violencias, y aconsejábala al Libertador como necesarias. En 3 de Diciembre del mismo año 19, le decía: “Fue aprehendido el Gobernador español del Chocó, don Juan Aguirre, y fusilado acto continuo. ¡Cuántos diablos menos tenemos por consecuencia de Boyacá!” En 5 del mismo mes: “Me traen de Neiva al famoso Segovia, con

quien pienso romper una fiesta muy solemne en esta plaza pública”. En 10 del propio mes, refiriéndose a varios prisioneros traídos de lejanos puntos a la capital: “Todos tomarán un premio correspondiente a sus maldades, con inclusión de diez y ocho que aquí tenía aún gastando los víveres. Me parece que pueblo que presencia la ejecución de un goda hace sacrificio por su libertad. En Octubre, fusilaba a Barreiro y sus compañeros porque *nada favorable se prometía de tenerlos arrestados*; en Diciembre pasa por las armas a otros, que están *gastando los víveres*. En 1821 decía a Bolívar: “General mío, no se confíe mucho con sus prisioneros españoles; al fin son malos. Recomiendo la lectura de la adjunta *Gaceta*, por si estas ideas las hubiere Ud. olvidado en estos últimos años de su filantropía”. Pero no sólo quiere que se use de rigor con los godos, sino también con los generales granadinos que alimentan entre sí desavenencias. Con respecto a éstos, dice en carta de 19 de Septiembre de 1820: “No hay remedio; es preciso todavía ahorcar gente sin proceso ni juicio”. En su sentir muchos de sus compatriotas “merecían de justicia el asiento de Piar”; e hizo en efecto que lo ocupase, en 1825, “el Coronel L. Infante, héroe de Boyacá, juzgado y condenado por un crimen de que con toda probabilidad estaba inocente, no sin que tal ejecución, interpretada desfavorablemente; llevase el alarma y la desconfianza al ánimo de los generales Venezolanos, influyendo no poco, sin que Santander lo imaginase, en la separación de Venezuela.

Aun hombres pacíficos e inofensivos, solo tildados

por sus opiniones privadas, fueron desterrados arbitrariamente. En 1820 salieron expulsados para Casanare varios eclesiásticos ancianos y respetables. Al oficial que los conducía (Capitán Sánchez) se le dió orden (que autógrafa hemos visto) de que pusiese oído atento a las conversaciones de aquellos desafectos, y que si vertían expresiones mal sonantes contra el Gobierno, los pasara por las armas, sin darles más tiempo que el necesario para auxiliarse recíprocamente —porque Santander, que era creyente, nunca descuidaba en tales casos, hay que hacerle justicia, la concesión de auxilios espirituales⁶. Todavía en 1823, bajo el imperio de la Constitución de Cúcuta, discutíase en *El Patriota* (papel de dimensiones diminutas que redactaba el mismo Santander) la cuestión propuesta por un periódico de Caracas, a saber, si debía o no expulsarse a los españoles y realistas que aunque pacíficos, no se hubieran comprometido en favor de la causa republicana. *El Patriota* en vez del *in dubiis abstinence*, se declaraba, como máxima más segura, por la de Sancho Panza cuando aconsejaba a D. Quijote matar por lo que pudiese resultar, que bien podía ser el muerto algún enemigo de su merced. La cita era jocosa; pero la doctrina demasiado seria.

⁶ Sobre esa expulsión de eclesiásticos, v. Groot, *Historia eclesiástica*, tomo III, p. 37. El Sr. Groot no habla de la orden dada a Sánchez, porque no la vió sino después de publicada su Historia; pero al verla recordó, y nos dijo, haberle oído al mismo Sánchez, que recibió una orden semejante y que no tuvo ocasión de cumplirla, porque los eclesiásticos expulsos no vertieron sino palabras de conformidad y resignación cristiana. Casi todos ellos murieron a poco de haber llegado al lugar de su confinamiento.

Quería, por tanto, el General Santander que continuase un gobierno militar, ejercido por él mismo, y miraba de mal ojo los esfuerzos que algunos abogados que sobrevivieron a la cuchilla pacificadora, hacían por establecer un orden legal cercenando el poder ilimitado que militares como Santander ejercían a título de conquista, a punto de hacerse proverbial el dicho de que “mientras hubiera libertadores no habría libertad”. En 1820 decía al Libertador: “Tiene Ud. muy sobrada razón para temer servir entre unos hombres ingratos, interesados y enemigos de las casacas de colores. Yo tengo aquí seis u ocho de estos hombres que de buena gana los volvería godos para ahorcarlos. Todos irán al Congreso, y todos estamos temblando de lo que van a hacer; me aseguran que dicen ya que todo cuanto ha hecho el Congreso de Guayana⁷ con respecto a Cundinamarca es nulo.... Desespero por saber ciertamente esta cosa, porque al ser cierta, los mandaré a la escuadra por sediciosos. El corifeo es el Dr. Herrera”. En 1823 escribía; “En la Cámara de Representantes se ha votado el desafuero del ejército libertador, siendo los más acalorados los señoritos que ahora vienen a figurar después de haber sufrido a Morillo y a Sámano”. Todavía en 1840, después de tantas vicisitudes, herido en la fibra de su orgullo de libertador, negaba en cierto modo títulos políticos a los que no hubiesen comido, como él, carne sin sal en la campaña del Llano; y entonces fue cuando el Sr. Pombo, que había sido

⁷ Congreso venezolano en que no tuvieron representación los granadinos. Del de Cúcuta, cuando iba a reunirse, decía con desprecio Santander: “*eso* que llaman Congreso”.

Secretario de Gobierno de Santander en su administración anterior, y en ese momento, como civil, era uno de los aludidos, contestó oportunísimamente: “Es verdad que no fui de los que comieron carne sin sal en Casanare en 1819, pero la comí muy salada de burro en Cartagena, en el punto avanzado de la Popa en 1815”.

Los principios del General Santander en asuntos políticos, no teoría precisada por el estudio y la meditación, sino inspiración de su carácter, y lección de la experiencia y reflejo también de las ideas del Libertador, eran aquellos que concurrían a establecer gobiernos sólidos y fuertes. En relación de la campaña de 1819 que en elogio del Libertador escribió y publicó anónima el General Santander en Santa Fe, leemos: “Seis años empleamos ensayándonos con el sistema federal, y bien a costa de nuestro honor y de nuestras vidas.... La experiencia ha confirmado en el General Bolívar la persuasión de que pueblos en revolución a quienes era desconocido el nombre de libertad, no pueden gobernarse por el sistema federal, sino por un Gobierno enérgico cuyas providencias no admitan observaciones ni contradicción”. Detestaba la federación; y el mismo Dr. Azuero, campeón más adelante de las ideas federativas, que abrazó el General Santander accidentalmente en 1828 como arma de oposición a Bolívar, le ayudaba en 1823 a combatir⁸. La palabra “federación” pronunciada en Quito y en Caracas “era capaz de hacerle huir más allá de los

⁸ “Azuero, torres y yo hemos atacado por la imprenta a los federalistas: cuantos discursos hay en la *Gaceta de Colombia* son míos”. (Carta al Libertador fecha 6 de febrero de 1823).

mares” porque para el desorden y federación eran sinónimos⁹.

Quería la unión de Colombia bajo un Gobierno central, y que este Gobierno tuviese todas las condiciones de firmeza; e inclinándose a la monarquía constitucional electiva, más bien que al sistema republicano, fue el primero que la propuso al Libertador desde 1819. En 26 de Septiembre de 1820, después de amenazar, como hemos visto, con remitir a la escuadra, al Dr. Herrera y otros abogados republicanos, elegidos para la Constituyente de Cúcuta, decía el Libertador: “Ser Presidente no lo he soñado jamás, porque no me cabe sea útil, ni político, ni prudente, ni justo, el que Ud. deje de serlo, y mi voto en el Congreso como Diputado será que sea Ud. *Presidente a vida*, aunque declamen, y lo figuren coronado Emperador de los colombianos; y esta opinión la he comunicado a otros dos Diputados que pensaban lo mismo y no tenían valor para expresar su sentimiento”¹⁰. Todavía en 1825 no dudaba afirmar que “la gente republicana es infernal”. Y en 3 de Diciembre de 1826, reconciliado con Bolívar, después de los desabrimientos que ocurrieron entre los dos en la marcha del Libertador a Bogotá, precursores de la gran catástrofe, escribía al General

⁹ Carta de 6 de Noviembre de 1823. Otras nuestras de su aversión al sistema federal: “Nuestros buenos políticos (de su propio interés) nos quieren romper la cabeza con federación. Ya, será por lo mucho que les cuesta encontrarse con patria y destinos”. (Set. 1823). “A mí me parece que hemos hecho bastante con haber hecho callar al partido liberal-federalista”. (Marzo 1825).

¹⁰ Sobre un brindis de Santander por el mismo tiempo y en el mismo sentido, véase Mosquera; *examen crítico*, tomo II, p. 223.

Santa Cruz, ofreciéndole poner cuanto estuviera a su alcance para popularizar y que se llevase a efecto la confederación de Colombia, Perú y Bolivia “bajo el gobierno vitalicio del Libertador”, No es probable que estas manifestaciones, a fines de 1826, el año que engendró la discordia en Colombia, fuesen respecto de Bolívar tan sinceras, como las anteriores, ni que el General Santander creyese practicable, aquella confederación continental, que D. Jerónimo Torres y otros, amigos verdaderos de Bolívar calificaron en el Congreso de 1827 de *quimérica* y de *porfiada* propuesta; pero la idea que proclamaba el General Santander la víspera del día en que había de declararse la guerra a muerte a Bolívar, proponiéndolo jefe vitalicio de la América Española, era congruente con las que siempre había manifestado desde 1819.

Las relaciones entre Bolívar y Santander fueron por algunos años las de la más cordial correspondencia entre un caudillo ilustre y uno de sus más adictos Generales. Luégo que entró Bolívar a Santa Fe en 1819, por una de las primeras providencias que dictó adjudicó al General Santander su haber militar de \$ 20.000 en una hacienda y una casa, asignándole como recompensa extraordinaria el exceso del valor de estas fincas sobre la dicha cantidad¹¹. En el Congreso de 1821 debióse exclusivamente a recomendaciones del Libertador que Santander fuese elegido Vicepresidente de Colombia en vez de Nariño, en votación reñida, después de varios escrutinios. Si la elección

¹¹ Decreto de 12 de Septiembre de 1819.

hubiera recaído en Nariño, y Santander hubiera sido destinado a la campaña peruana, ¡cuán diferente suerte habría tocado a Colombia! Grados militares, recompensas pecuniarias, la dirección; en fin, del Gobierno de Colombia, todo lo había recibido Santander de manos de Bolívar, y por ello le hacía continuas protestas de adhesión y gratitud. “¡Qué honor, mi General —le decía en 1821— me ha hecho el Congreso poniéndome en segundo lugar después de Ud. ! Yo no sé si un corazón el más ambicioso a la gloria y al poder dejaría de estar satisfecho”. ¿Y quién dudará de la sinceridad que respiran frases como éstas: “Ella (la estrella de Colombia) nos descubra eternamente la gloria de Ud. para no serle ingratos! *Me vanaglorío de que jamás perteneceré a este número*”. “Ya estará Ud. cansado de recibir homenajes de los pueblos; el mejor que tiene usted *hasta más allá del sepulcro*, son nuestros corazones”.

¿Qué causas produjeron aquel rompimiento absoluto, aquel apartamiento de por vida, origen de tantos desastres, entre el caudillo a quien Santander apellidó “el hombre de lo heroico y lo extraordinario”, y Santander mismo, que respecto a Bolívar se llamaba a si propio “el hombre de la gratitud”? ¿Fue por ventura ese rompimiento resultado de alguna diferencia radical y profunda entre las opiniones políticas de uno y otro General? Ya hemos visto cuán de cerca seguía Santander las ideas del Libertador declarándose expresamente contra los *liberales demagogos*, y cómo lejos de cejar en la profesión de la teoría de los “gobiernos fuertes”, la exageraba, en la práctica,

con rigores extemporáneos, y en el Consejo proponiendo una confederación continental, y la presidencia vitalicia del Libertador. ¿Una devoción incondicional al imperio de las leyes, escrúpulos de una conciencia *constitucional* intransigente habrían de apartar a Santander de Bolívar a causa de las facultades extraordinarias, aunque emanadas de la Constitución misma, que ejerció el último cuando volvió a Colombia en 1826? Esta fue el arma que esgrimió contra Bolívar la oposición enconada que surgió entonces, revistiéndose con el título catoniano de *partido constitucional*. Pero Santander en 21 de Diciembre de 1826 llamó a aquellas actas de dictadura, que el mismo Libertador había mirado con recelo, *proclamaciones y muestras de ilimitada confianza que le acababan de dar los pueblos*; añadía que *la tierra entera se ocupaba de admirar a su Excelencia el Libertador*; que las circunstancias en que se hallaba colocado Bolívar *le inspiraban confianza* (a Santander) *para someterse a sus designios*, y que repetiría con Camilo Torres, que “un rasgo de Bolívar imponía más en la opinión pública que todas las declamaciones envenenadas de los calumniadores”. ¿Qué más? Dé Enero a Mayo de 1827 ejerció el General Santander un mando ilegal apoyado en una autorización del Libertador, redactada y presentada a la firma por el mismo Santander con fecha falsa, para que apareciese despachada del Rosario de Cúcuta, a donde debía tocar —y no tocó— el Libertador en su marcha a Venezuela. Posada califica eso de “sainete vergonzoso” que basta, añade, a quitarle

al General Santander el título de *hombre de las leyes*”. No: la razón serena no es la única facultad de los hombres, que dotados de sensibilidad ceden muchas veces al impulso de sus pasiones. Ni son el amor a la verdad y la justicia, y la ley del deber, móviles frecuentes en tiempos infelices y revueltos. Relaciones personales y casuales, múltiples errores, el interés que extravía y la pasión que ciega, la ambición imperiosa, la fuerza de las circunstancias que arrastra, entran por mucho para explicar la conducta de los hombres y las evoluciones de la política. Con la historia de los hombres se mezcla misteriosamente el progreso de las ideas; con la lucha de los partidos se entretreje la pugna de los principios; y afiliados a un bando, por interés individual o colectivo, sirven o dañan los hombres, muchas veces sin quererlo ni pensarlo, a la causa de la civilización.

EL GENERAL SANTANDER

ADICION PRECEDENTE ARTÍCULO

Los modernos radicales, cuyos principios anárquicos quedaron consignados en la Constitución de 1863, han solido invocar el nombre del General Santander, presentándole a la admiración pública y casi divinizándole como a padre del liberalismo novísimo. A demostrar la falsedad de esta genealogía política, encaminábase en buena parte la anterior “Ojeada obre el origen de nuestros partidos”, que publicada en *El Repertorio Colombiano*, quedo inconclusa.

El General Santander rompió con el Libertador, no por otro motivo que por emulación personal, engendrada por la larga ausencia del General Bolívar Santander, como Vicepresidente Cundinamarca, quedó encargado del mando supremo, lo ejerció por algunos años, y al volver el Libertador Presidente, no pudo resignar sin dolor lo que había poseído con amor. *Inde irae*. En el primer año de ausencia se celebró con público regocijo el día de San Simón, natalicio de Bolívar; más tarde cayó en la cuenta de que él no se llamaba Simón sino Francisco. Los anarquistas empezaron a rodearle, y buscaron en él el centro de que carecían y que necesitaban para formalizar su oposición. Pero estas condiciones ocasionales nunca se basaron en la uniformidad de principios, y cuando se ha logrado el objeto inmediato de la alianza, vuelve el General Santander a profesar y a practicar sus principios propios.

Enemigo del sistema federativo, que apellida *infernál*, lo acepta de malísima gana en 1828, por ser el de sus amigos, y sólo como bandera de guerra, con ánimo de repudiarlo luégo, como lo repudió en efecto, cuando volvió en 1832 a ejercer la Presidencia. Bajo su inspiración la Nueva Granada se constituye como República unitaria, con legislación centralista y por extremo severa. Aborrecedor de los “filántropos” y de la “filantropía”; como Napoleón de los “ideólogos”; partidario de la pena de muerte por delitos políticos, censura sin embargo; las ejecuciones de los conspiradores del 25 de Septiembre, que según aparece de sus declaraciones, se comprometieron con la convicción de que era Santander el jefe secreto

del movimiento; pero en 1832, Presidente electo de la Nueva Granada, se deniega a ahorrar la memoria de los amigos sacrificados en otra época, inspira una ley “sobre conspiradores”, la más rigurosa de cuantas han regido en Colombia; con firma sentencias de muerte por simples conatos de revolución, preside a las ejecuciones colectivas de 1834, y autoriza la muerte secretamente dada a Sardá, la acción más negra que registra nuestra historia.

En 1840, representante y jefe de la oposición parlamentaria, viendo comprometidos a sus amigos en un alzamiento injustificable, se limita a abogar en la Cámara porque se use de lenidad y se indulte a los prisioneros; pero su personal amigo, el Coronel Acosta, le arguye en esta forma: “Un respetable diputado, jefe de la Administración anterior, la dicho que el Gobierno tenía el deber de usar de la mayor clemencia con los que se rebelasen; afortunadamente este principio es falso, y si fuere cierto, con él se haría el proceso de su propia Administración, que no sólo no brindó indultos a los facciosos durante aquel período, sino que se opuso constantemente a que el Congreso los concediera”¹. El General Santander —dice Posada, recordando aquel incidente— palideció al verse apostrofado con tanta energía por uno de sus mayores amigos; pero nada contestó, ni podía contestar, porque el cargo era fundado”. Argüido de contradicción, con mayor vehemencia y más concretos cargos, en la misma sesión, por

³ *Diario de Debates* de 1840. Sesión del 27 de Marzo.

el Coronel (después General) Borrero², el General Santander quedó tan hondamente herido, que enfermó gravemente, y murió luego (6 de Mayo) dejando vacantes su silla en la Cámara y la jefatura del nuevo partido a quien él —dice Posada— no había podido contener dentro de los límites de una moderación decorosa, en la que por su parte se mantuvo siempre, pues aun en sus ataques y censuras al Gobierno guardaba cierta compostura, sin faltar nunca a la dignidad que da el habito del mando y que se manifiesta en el porte y en los modales³.

En aquellas mismas sesiones, y aludiendo a su administración, inculpa por algunos Representantes, profería el General Santander estas palabras, dignas de memoria, por lo mucho que distan de las declaraciones de sus fingidos discípulos: “Uno de los historiadores modernos de la Revolución de España, a quien se concede juicio e imparcialidad en sus escritos, ha consignado una máxima que yo desearía ver esculpida en la puerta de la casa de Gobierno, y en la de las secretarías de Estado, por el bien y la utilidad que resultaría de ajustarse a ella: *Los Gobiernos —dice— están obligados, aun por su propio interés, a sostener el decoro y dignidad de los que les han precedido en el mando; si no, el ajamamiento de los unos tiene para los otros consecuencias amargas*”.

Santander incurrió en inconsecuencias; pero cualquiera distinguirá en ellas lo que él profesaba

² Borrero fue provocado por una violenta acusación personal que le dirigió el General Antonio Obando, partidario de Santander, y hombre vulgar y de ninguna habilidad parlamentaria.

³ Posada, *Memorias*, tomo II, cap XLVIII

cordialmente de lo que aceptaba por necesidad. Sus principios, políticos eran mejores que su carácter, y que la aplicación que de ellos hacía, mezclada a veces de pasión, y por extremo rigurosa.

El único entronque —triste por cierto— que pudiera alegar el moderno partido radical, para probar que de allá en algún modo procede, sería la enseñanza de filosofía sensualista y utilitaria que el General Santander toleró, y que ellos en época en que tanto se han ilustrado estas cuestiones, han mantenido en los Colegios públicos, con terquedad y fanatismo impío, aforrándose aun a los textos, en aquella época flamantes y casi únicos aquí, hoy anticuados, y relegados aun por los mismos libre-pensadores de mas luces y mas progresistas.

Mas lo que de parte de Santander fue tolerancia imprudente y funesta, después ha formado parte de un sistema deliberado de guerra a la iglesia y a toda religión, a que Santander no habría cooperado jamás.

El General Santander no era metafísico ni teólogo, y entendía torcida o confusamente en algunos puntos dogmáticos y morales el catolicismo; pero nunca fue anticatólico por sistema. Como particular profeso siempre la fe católica, cumplía con sus deberes religiosos, y a sus víctimas no negó nunca los auxilios espirituales. Permitía, con gran daño de los intereses religiosos, que Azuero, su amigo, enseñase sensualismo; pero cuando este dogmatizante acusó en el Congreso al celoso predicador Dr. Margallo, que combatía desde el pulpito sus enseñanzas, el General Santander

declaró que si se dictaba orden de destierro como se pretendía, contra el Dr. Margallo, él, como Presidente no respondía de la paz pública, con lo cual quedó protegido y Autorizado el venerable sacerdote. Margallo predicaba con apostólica libertad, y Santander solía asistir a sus sermones; *Loquebar in conspectu regum et non confundebat*; De las “filosofías” de Azuero debía de tener *in pectore* mal concepto, cuando en 1836, tratándose de designar el candidato de su partido a la Presidencia, y dividida la opinión de su amigos, escriba al Dr. Cuervo: “Mi candidato ha sido Obando; no he estado por Azuero, *porque este hombre con sus teorías nos llevaría al fondo del abismo*”. A última hora las circunstancias le hicieron aceptar, mal de su grado, la candidatura del utopista.

Hay más: el General Santander consideró siempre la religión como esencial elemento del orden social; y en 16 de Diciembre de 1819 su Gobierno por la Secretaria de Gracia y Justicia, expedía la siguiente circular:

“El Gobierno de la República, Protector de la Iglesia Católica, ha acordado auxiliar la jurisdicción eclesiástica contra los principios subversivos del dogma y de la disciplina que desgraciadamente pudieran introducirse por una que otra persona ignorante o de mala intención. Aunque el Gobierno no puede permitir el establecimiento del Tribunal de la Inquisición, opuesto a la suavidad de la doctrina de Jesucristo e instituido por los tiranos, que a la sombra de la Religión han pretendido mantener los pueblos en una vergonzosa servidumbre, tampoco puede permitir que

corran doctrinas impías y escandalosas. Con su acuerdo el Ordinario eclesiástico ha diputado al Dr. Francisco José de Otero, Cura de la parroquia de las Nieves de esta capital, para que conozca en las causas que puedan suscitarse en esa materia, de un modo regular y conveniente al espíritu del Evangelio y al sistema liberal que ha adoptado la Nueva Granada. Por consiguiente S. E. ordena a V. S., que recibiendo requerimiento de dicho Dr. Otero para intimar a alguna persona su presentación en esta capital con el objeto de defenderse de los cargos que puedan resultarle en asunto de esta naturaleza, proceda V. S. a prevenir y disponer se verifique dicha presentación, con las reservas que el caso exija por la trascendencia que pueda traer la divulgación de hechos en materias tan delicadas. Dígolo a V. S. de orden de S. E. para su cumplimiento en sus casos, procediendo sin estrépito alguno y con la prudencia necesaria.

“Santafé, 16 de Diciembre de 1819”⁴.

Es decir, que el General Santander restableció en lo que le es esencial, el Tribunal de la Inquisición, *quamvis carebat nomine*.

En su testamento declaró Santander que era católico; y murió confortado con los sacramentos de la Iglesia, que pidió, y le fueron administrados por el Ilmo. Sr. Mosquera, Arzobispo de Bogotá.

Santander obedeció, como todos los hombres

⁴ *Acuerdos de la Secretaría de Gracia y Justicia*. M. S. de la Biblioteca Nacional. Este documento está rubricado por Santander.

políticos, al espíritu de su época; y en muchos casos se mostró inconsecuente, descaminado por la ambición y la crueldad y por especiales circunstancias; pero las máximas que profesó, cuando hablaba y escribía con franqueza e independencia, y su conducta general en los dos períodos en que ejerció el mando, fácilmente demuestran lo que le caracterizaba como hombre político, y cuán faltos de razón y justicia los federalistas y anticatólicos que en tiempos posteriores le han proclamado precursor de este nuevo género de liberalismo.